



# Experiencias y propuestas

José Antonio Durán Acosta

## Los Victoriosos

UNA PROPUESTA DE TRABAJO  
GERONTOLOGICO-CULTURAL

Primera parte

José Antonio Durán, filósofo de la U.N., investigador de la cultura, profesor de danzas del SENA (seccional Bogotá) y vinculado a la División de Currículo de la Dirección de Investigaciones del D.E. de Bogotá, nos cuenta en este artículo su experiencia de trabajo con un grupo de ancianos en un sector muy popular del suroriente bogotano. Hoy publicamos los dos primeros apartes de este trabajo. El primero, *Preliminares*, es una reflexión sobre el envejecimiento y la vejez, sus implicaciones sociales y los problemas y prejuicios que afrontan los ancianos en nuestro contexto. El segundo describe la experiencia concreta con los ancianos, cómo surgió y cómo se ha desarrollado hasta hoy. En el próximo número de A CONTRATIEMPO publicaremos la segunda parte de este artículo donde se abordarán los aspectos metodológicos de la experiencia, es decir, la propuesta de trabajo gerontológico-cultural.

Preliminares.

“A mí nada se me da  
que digan que ya estoy vieja.  
El consuelo que me queda:  
que la tanda va pareja”.

Con la fina ironía de esta copla devolvía alguna vez Domitila Ascencio una de las tantas burlas de las cuales los ancianos son objeto a diario.

Y es cierto: a todos nos es inevitable envejecer, lo cual no debería ser motivo de gran preocupación si las condiciones socio-económicas y los ámbitos socio-culturales de nuestra existencia nos garantizaran procesos normales de desarrollo. Pero envejecimiento y vejez se han convertido en problemas de hondo impacto social, en especial para las naciones del llamado Tercer Mundo.

Para el caso colombiano, dos factores determinan drásticamente la situación:

1. El notable incremento de la población de edad avanzada con respecto a la juventud y a la niñez (se calcula por encima del 50% para el año 2000).
2. Las masivas migraciones de población campesina hacia los sectores urbanos y suburbanos.

Las consecuencias no se han dejado esperar. Antes bien, han agudizado los conflictos en torno a la mendicidad, la marginalidad, la morbilidad, la malnutrición, el desarraigo y el desafecto. A todo ello contribuye de manera notable el predominio de patrones culturales que consagran como norma social el rechazo hacia el envejecente y el anciano, aceptada de antemano su supuesta inutilidad o improductividad.

Ideológicamente, la expresión jurídica de ese rechazo está plasmada en las disposiciones que decretan el aislamiento socio-laboral de los trabajadores cuando llegan a cierta edad e independientemente de cualquier consideración acerca de su condición física e intelectual. De esta manera, quienes se pensionan pierden casi totalmente la posibilidad de relacionarse con amigos y compañeros de trabajo y se ven repentinamente limitados al espacio familiar, en donde no siempre encuentran las compensaciones esperadas.

Pero si al pensionado lo invade la sensación de que toda una vida de esfuerzos se va diluyendo en el aislamiento forzoso, ¿qué sensación invade a quien, acostumbrado a trabajar la tierra, migró a los centros urbanos para enfrentarse a oportunidades laborales que no van más allá del subempleo?

Lo cierto es que con el grueso de la población anciana (pensionados o no pensionados) y con todo tipo de personas que encarnen limitaciones, la sociedad tiende a conformar *otra sociedad* estigmatizada por constituir una especie de vergüenza de la cual es prácticamente imposible desembarazarse.

Sólo cuando la situación se ha convertido en un verdadero problema y cuando las dimensiones del mismo desbordan la capacidad social para asimilarlo, aparecen las campañas y las políticas diseñadas de emergencia que, vistas así las cosas, no pueden tener sino un carácter remedial o a lo sumo asistencial.

Es entonces cuando la gerontología se pone de moda y las instituciones oficiales de bene-

ficio social se dedican a buscar sus propias orientaciones en medio del desconcierto que les produce el hallarse ya montadas en el potro de los programas para tercera y cuarta edad.

En los centros vecinales y comunitarios se asignan sin criterios definidos dichos programas a los funcionarios para que, con la mejor de las voluntades pero sin ninguna fundamentación en el trabajo gerontológico, se dediquen a una serie de acciones sin horizontes claros (activismo). En estas condiciones, resulta igual recrear a los ancianos que hacerlos tejer, pintar, cantar o danzar porque de lo que se trata es de llenarles el tiempo.

En muy pocos casos (afortunadamente los hay) se aborda la cuestión de la ancianidad en sus implicaciones tanto individuales como familiares, grupales, comunitarias y sociales. Incluyendo casas gerontológicas particulares, muchas de las cuales sólo buscan lucrar liberando a las familias de sus estorbosos viejos, los planes de trabajo giran casi exclusivamente alrededor del eje de la salud, de suyo importante, y además conciben al anciano como un ser ahistórico, desprendido del tiempo y de la cultura, que debe ser asistido en sus "achaque" para ser ayudado a bien morir.

Es muy común el tipo de asistencia geriátrica y gerontológica que todo el tiempo trata al anciano con diminutivos y le coarta sistemáticamente la posibilidad de tomar iniciativas y decisiones (de hecho no se las considera importantes y de allí la fraseología: no se mueva, viejito —le doy la sopita —le afeito la barbita—, etc.). Este tratamiento refuerza la idea de la vejez como sinónimo obligado de incapacidad y corresponde a la tonta teoría del retorno a la infancia.

Podría ejemplificar otras tantas formas de violencia contra el anciano, abiertas o veladas. Dejo al lector el espacio para esa reflexión, pues finalmente el asunto es la *calidad* del trabajo gerontológico en términos de la capacidad de respuesta a las reales necesidades sociales dentro de las cuales se enmarcan los problemas de la población anciana.

El asunto es, también y ante todo, la superación del rechazo del anciano a cuanto sea joven o nuevo por el solo hecho de serlo, dadas las implicaciones político-sociales de esta postura: los anhelos de progreso de los pueblos verán seriamente constreñidas sus opciones si una población mayoritariamente anciana en edad declina asumir el futuro y acepta la sospechosa creencia de la caducidad mental de quien, por envejecer, pertenece al pasado.

Así la picardía popular lo aliñe como burla a la burla o como rechazo al rechazo ("la tanda va pareja" frente a "adiós muchachas bonitas/ adiós viejas arrugadas") lo que está en juego es la afirmación histórico-cultural de nuestras sociedades y es allí en donde debemos identificar el eje dinamizador del trabajo gerontológico.

Aún rebasando los marcos del asistencialismo, la pregunta ineludible es: ¿A cuál sociedad se reintegra quien ha sido "rescatado" de la otra sociedad? No es tan sencilla la cuestión ni se puede reducir, en todo caso, a desear una existencia más digna pero todavía subalterna:

Malhaya, quien fuera perro,  
pero no perro de arriero:  
cuando no le pega su amo,  
le pega su compañero.

## 1. La experiencia

Los Victoriosos surgen como grupo de trabajo cultural a comienzos de 1981 cuando, como parte de mi labor de funcionario SENA, me percaté de que unos ancianos son reunidos semanalmente en el Centro Comunitario La Victoria, al suroriente bogotano, para llenar el tiempo con algunas actividades orientadas por una trabajadora social.

Les propongo, entonces, un apasionante reto: emprender el viaje de la recuperación de sí mismos para plantarse sin asomo de vergüenza frente al esquivo futuro.

No fue nada fácil por la natural incertidumbre y los temores de zozobrar, pero por fin partimos. Sus propias familias miraban con cierto desdén la empresa, como callando un fracaso anunciado. Algunos se ponían circunspectos al no comprender por qué eran justamente ancianos quienes querían asumir una experiencia tal. Otros los contemplaban con el éxtasis que produce la visión de lo exótico. Y así.



*Los Victoriosos*

Comenzamos a adentrarnos más y más en el pasado, en aquellas situaciones de las cuales ellos habían sido protagonistas o testigos claves. Fue cuando el hielo se rompió y las palabras brotaron con la vivez de las imágenes que querían evocar y de las cuales no estaban dispuestas a perder detalle...

“Yo viví la violencia en Casanare. En esa época no cobraban degüello. Por allá carneaban harto y no cobraban degüello. Eso era muy terrible. Allá llegaba una tropa. No había policía y ponían comisarios o un inspector que no ganaba nada. Era para hacer respetar, para que no hubiera peleas ni vainas. Allá unos con otros nos cuidábamos. Pero entonces ya echaron a bajar los que les provocaba coger lo ajeno. Mejor dicho, cuando ya nos bajaron fue una barridita que hicieron como cuando pasan las hormigas arrieras; eso sí, un río completo. Lo que encontraban, lo que no podían llevar cogían y espichaban las ollas y espichaban todo. Si llegaban a una casita la rodeaban primero de toda esa sabandija, como cuando las hormigas cogen una cuquita. Llegaban y... ¡Manos arriba! ¿Dónde está la plata? ¿Dónde está el oro? Cuando no topaban plata arrastraban lo que pudieran, así, cobijas o cosas de valor. Eso bajaban una gentecita que ¡Ay, Dios mío! Que Dios los tenga más bien en descanso. Si no tenían plata y eran contrapartidarios le daban candela a la casa, los crucificaban. Si topaban una señorita, hacían la de los Vargas. Entonces no nos tocaba como hoy nos toca: coger con el taleguito en la mano y hace más bulto la plata que lleva en la mano que lo que va en el talego. Esas casas eran llenas de café, plátano, maíz. Porque la escasez fue por esa violencia. ¡Tanta comida quemada por esa plaga! Llegaban a un hato de ganado y mataban lo que les provocara; y la pobre gente corra por el monte por allá a cuidar las culebras y las avispas...”. Así hablaba Domitila Ascencio vda. de Velandía, nacida en 1902 en Belén (Boyacá), a lo cual repuso con agudeza María del Carmen López, también boyacense y recientemente fallecida a la edad de 105 años:

Cantemos una cántica  
que nos hemos de morir,  
que nos'tán averiguando  
nuestro modo de vivir.

Complementó José Anunciación Pinto (Gámeza, 1916):

Cuando salí de mi tierra  
de nadie me despedí:  
sólo de una guacharaca  
que andaba detrás de mí.

Repicó María Rodríguez de Uribe (Cota, 1916):

Tanto miedo y mucho apretón...

Terció Ana Heliodora Martín (Tibirita, 1922):

Yo no soy de por aquí  
pero vivo en Bogotá:

pa' andar pasando trabajos  
lo mismo es aquí que allá.

Y nuevamente María del Carmen López:

Adiós, lagunita'e Tota  
con tus cerritos en medio;  
adiós, chatico de mi alma  
que esto ya no hubo remedio.

Alguien remató:

Los años y los trabajos  
me quieren matar a juro  
y yo con mi bordoncito:  
¡Ah, pedazo'e viejo duro!

Así transcurrían las sesiones, salpicadas de gracejos, ironías, juegos y cantos recordados, todo lo cual tendía puentes para el regreso al presente y al pasado más reciente. Afloró entonces el crítico momento del impacto con el medio urbano, en el cual las expresiones culturales con toda su carga ancestral perderían funcionalidad por no existir ya la relación vital con el trabajo de la tierra. Los romances, las coplas, las danzas y hasta las formas de preparación de los alimentos se habían convertido en remotas vivencias comprimidas en el fondo del espíritu, con escasas posibilidades de sobrevivir en medio de las burlas o de la simple indiferencia por parte de los propios hijos y nietos, poco a poco absorbidos por el convulsionante palpito de la ciudad.

Ya no se era del agro pero tampoco de la urbe... "Yo soy nacida y bautizada en la salina de Chita y me crié en Pesca. Como uno siempre aspira a estar mejor, nos vinimos de por allá, por la educación... Esto pertenecía a Usme... Eran puros potreros...". De esta manera relataban con orgullo su esforzado empeño por abrirse un espacio que sería el germen de los barrios del sector de La Victoria.

Comenzábamos a ganar un terreno más valioso que cualquiera de los perdidos a causa de la violencia: el de la auto-estima de la propia sabiduría, no por simple oposición a otras alternativas culturales sino por la valoración de los conocimientos poseídos, en la perspectiva del aporte a las exigencias de la época actual (superación del folklorismo). Ya no se trataba de recuperar "valores" por recuperarlos ni de mirar con romántica nostalgia hacia lo que pudo ser mejor en el pasado. Ahora buscaríamos que el impacto se diera exactamente al revés o, mejor dicho, al derecho: de los ancianos sobre los niños, los jóvenes y los adultos. El objetivo: que la comunidad se apropiara de Los Victoriosos y ellos sintieran que podían *vivir* en y por la comunidad.

Arremetimos con una serie de presentaciones en las cuales mostrábamos los resultados de haber puesto en común al interior del grupo toda una gama de experiencias. Los cantos y las danzas evocaban el trabajo material, el afecto, la lucha, en fin, la vida misma. El gusto



por el esfuerzo físico venía tomado de la mano con la lucidez mental, uno y otra jugando su papel determinante en el proceso de auto-afirmación de las individualidades. Hasta afloraron respetuosas irreverencias hacia lo que parecía intocable; entonces escuchamos de los ancianos jocosas pero serias alusiones a su entorno material-espiritual:

En el nombre sea de Dios  
y mi padre San Ciriaco  
que esta noche son las papas  
y mañana es el ajíaco.

Por la señal de la canal  
comí mute, me hizo mal;  
más hubiera, más comiera,  
me agitara y me muriera:  
poca falta les hiciera.

Arrurú mi niño  
que son de cafuche:  
el uno en el brazo  
y el otro en el buche.

Padre Nuestro que estás en los cielos  
santificado  
mira pa'l zarzo  
lo que está colgado.

Santa María, madre de Dios,  
en la una cinco  
y en la otra dos.

Santa María, madre del gallo,  
ruega por los pollos  
que están en el papayo.

En estos ires y venires se produjo el salto cualitativo: ¿Por qué no podemos nosotros mismos hacer una danza, por ejemplo del trigo, si también existen danzas sobre los tejidos o la caña? La pregunta de la señora Elsa de Otálora relampagueó por lo contundente y la respuesta no se hizo esperar. El reto era re-crear y ya no simplemente recordar. De este modo surgió "¡Junto, buey!", síncretis de danza, canto, música y literatura ilustrando experiencias de preparación de la tierra, siembra, cuidado, recolección, selección, empaque, transporte y comercio del trigo. Y en medio de todo ello, surgió la más inquietante de las expresiones: cantas de carácter ritual propiciatorias de la siega del trigo, el análisis de cuya estructura nos remite claramente al ancestro de lo indígena (ver la transcripción hecha por el maestro Guillermo Rendón y que aparece publicada en esta misma revista en la sección Páginas que suenan).

Actualmente trabajamos en un montaje que, a partir de *¡Junto, buey!*, permita a este grupo de migrantes campesinos caracterizar su ayer y su hoy en lo individual y en lo social, no tanto para mirar hacia el futuro sino para pre-sentirlo y buscar en él las determinaciones del presente.

Al fin y al cabo, la propuesta pretende poner la cultura al servicio de la vida y no la vida al servicio de la muerte.

En ello radica la importancia de la conquista del individuo para sí mismo y para su entorno, lo cual no parece haber sido comprendido por quienes sólo buscan "mostrar resultados".